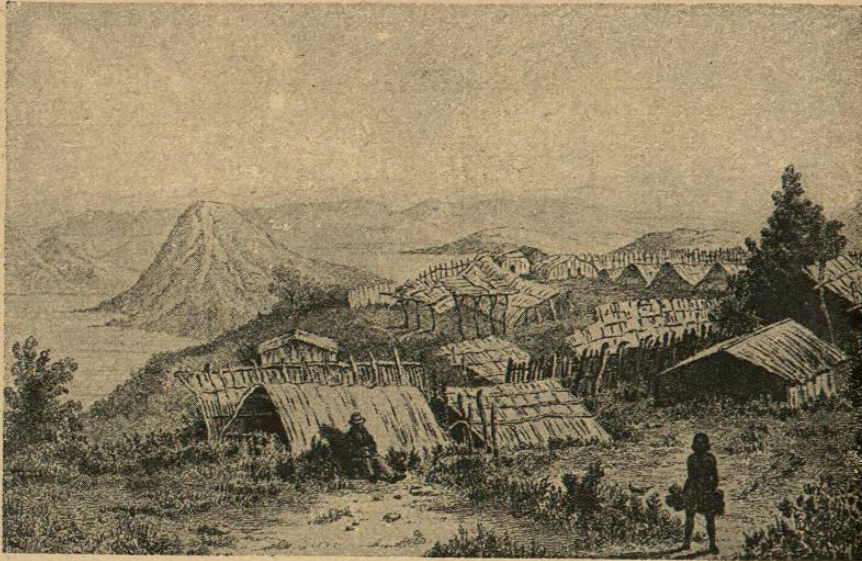


habiendo uno siquiera que no reconozca que un escuadrón de guerreros con la piel tatuada y los cabellos recogidos en lo alto de la cabeza en for-



Pah o fortificación polinesia.

ma de penacho, y adornados con plumas, como los llevaban los neozelandeses, armados de las terribles macanas (*meres* las llaman en su len-



Retratos de maories o indígenas de Nueva Zelanda.

gua), ejecutando una danza bélica, entonando a coro el *pihé*, es de un efecto verdaderamente imponente y terrorífico.

El *pihé* es un himno de guerra que cantaban a coro los neozelandeses antes de entrar en batalla o en ciertas ceremonias religiosas, y se dice que produce intensísima emoción en los que lo oyen, aun sin entenderlo. Muchos libros de viajes reproducen las palabras de ese himno, pero en ninguno las hemos visto traducidas, confesando los transcritores que ignoran su significado.

Otra costumbre, no sólo de los polinesios, sino de muchos pueblos oceánicos, es la de saludarse frotándose las narices. Preguntados algunos de



Entierro de un caudillo neozelandés.

los naturales de los pueblos que emplean su salud sobre su significado y motivo, han manifestado que lo que se procura por ese mutuo contacto es confundir los alientos, que entre los remotos antepasados de esos pueblos, y aun entre sus actuales representantes, es tanto como confundir las almas, siendo para ellos alma o espíritu y aliento una misma cosa, o, por lo menos, cosas íntimamente relacionadas entre sí.

El cambio de nombre con aquellas personas a quienes se quiere demostrar gran consideración y aprecio es también muy usual entre los pueblos de Polinesia. Casi todos los navegantes europeos que los visitaron cuando aun conservaban sus instituciones y costumbres, hubieron de trocar sus nombres con los de los príncipes y caudillos con quienes anduvieron en tratos.

Desde que Hernando de Magallanes atravesó el Pacífico, a principios del siglo XVI, los archipiélagos de la Polinesia han sido más o menos visitados por navegantes europeos, y aun más frecuentemente por ignorados pescadores de ballenas y focas, que, interesados en no llamar la aten-

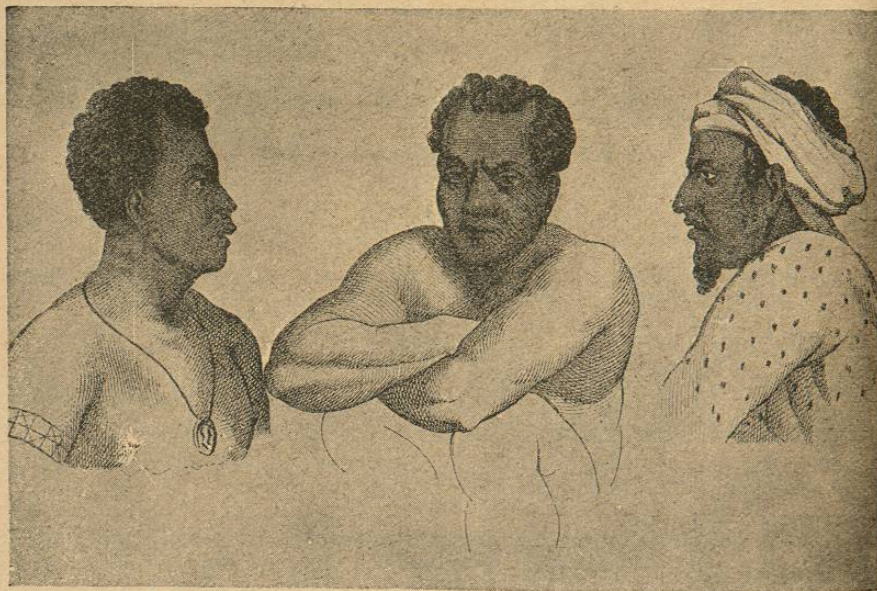


ción sobre su lucrativo tráfico, no dejaron noticia ni rastro de sus arriesgadas expediciones.

De la presencia de esos aventureros en las islas polinesias son prueba



Piraguas de guerra neozelandesas.



Neozelandeses.

indudable vagas noticias y confusas tradiciones conservadas por sus naturales y recogidas por sus navegantes, que con fines más científicos que mercantiles las visitaron en los siglos XVIII y XIX. Hasta hay motivos para suponer que algunas colonias de aventureros se establecieron definitivamente en varias de esas islas; fundaron en ellas dinastías soberanas, y fueron progenitores de razas nobles que pasaban entre los sencillos isleños por descendientes de divinidades.

En nuestros mismos días ha sido frecuente el caso de marineros conducidos por sus propias aficiones u obligados por las circunstancias a vivir en esas islas, quedarse definitivamente en ellas y adoptar los usos y costumbres de sus naturales, hasta el punto de confundirse con ellos. Si notable es la facilidad con que los polinesios se han hecho europeos en poquísimo tiempo, aun más sorprendente es la que han demostrado muchos europeos para convertirse en polinesios, andando hacia atrás el mismo camino que los polinesios anduvieron hacia adelante.



Neozelandeses.

Las relaciones de los europeos con los naturales de esos archipiélagos, reducidas en su principio a trueque de unos objetos por otros, en que ambos contratantes creían engañarse mutuamente, fueron haciéndose de día en día más frecuentes. Misioneros de las Sociedades propagandistas de Inglaterra y América se establecieron en esas islas y lograron no sólo convertir poco a poco a sus naturales, y principalmente a sus príncipes y caudillos, sino dominarlos por su influencia moral y hacerse los verdaderos dueños del país. Tras de los misioneros, y aun al mismo tiempo que ellos y a su sombra, acudieron a esos territorios aventureros y traficantes, que mediante procedimientos poco morales, y aprovechándose de la sencillez de los indígenas recién cristianizados, fueron haciéndose dueños de la tierra y de la riqueza, y tras de ella del poder político, suplantando a

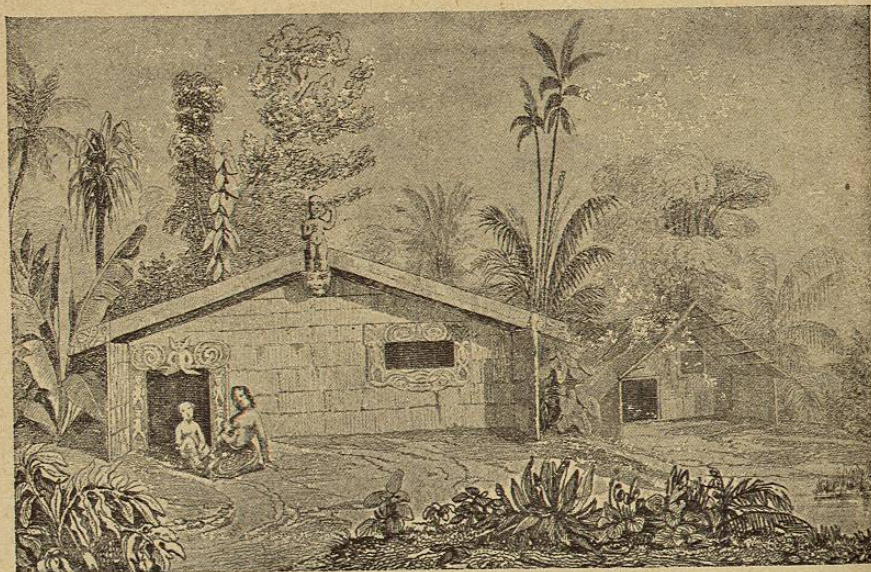


la vez a los misioneros y a sus discípulos los indígenas, muy desmenuados en número por el efecto mortífero de las armas de fuego en las guerras



Neozelandeses.

que continuamente sostenían unos con otros, y completamente desorganizados por la introducción de las nuevas instituciones.

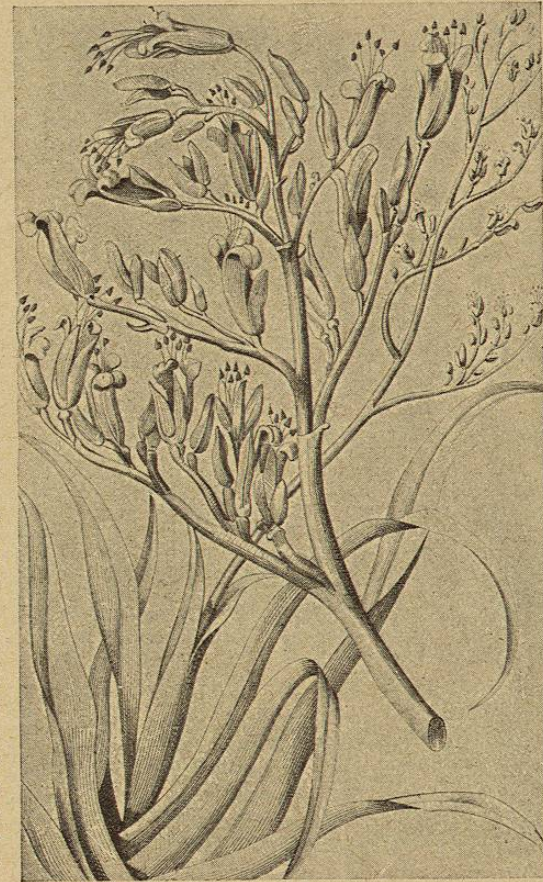


Casa de un caudillo neozelandés.

**Archipiélago de Nueva Zelanda.**—Las islas mayores de la Oceanía, después de la Nueva Guinea y Tasmania, son las del archipiélago de Nueva Zelanda. Se compone de dos islas grandes y varias pequeñas. Está unas 400 leguas al este de la parte más meridional del continente Australiano y de Tasmania; abarca una anchura de más de 12 grados de latitud a uno y otro lado del paralelo 40 meridional, precisamente en los antípodas de España, y pertenece a la parte de la Oceanía conocida por el nombre de Polinesia. De las dos islas principales que lo componen, la más septentrional lleva el nombre indígena de Ikana-Mani, y la más meridional, el de Tavia-Punamu; pero son más generalmente conocidas por los de isla del Norte e isla del Sur, respectivamente. Hállanse muy cerca la una de la otra y están separadas por el estrecho de Cook.

En sus costas, que son generalmente muy abruptas, hay varias ensenadas profundas que ofrecen buenos surgideros. El mar en algunas partes ha desgastado las peñas de la ribera, dándoles extrañísimas figuras. A veces las ha perforado completamente, como en la pintoresca arcada de Tegadu, encima de la cual habían establecido los naturales

una de las fortalezas a que daban el nombre de *pah*, de las que quedan varios ejemplares. Reducíanse a lugares altos en que había unas cuantas chozas rodeadas de una estacada. Cada una de las islas principales del archipiélago es en extensión como la quinta parte de nuestra península, y ambas son muy montañosas, hallándose atravesadas todo a lo largo por una cordillera llamada Alpes Australes, cuyas cimas trasponen la línea de las nieves perpetuas, y en cuyos valles altos hay varios grandes glaciares. A esas montañas pertenecen el pico de Cook, en la isla del Sur, que tiene cerca de 4.000 metros de altura, y el de Egmont, en la del Norte, muy

Planta de lino de Nueva Zelanda (*Phormium tenax*).



semejante en la figura al de Teide, en la isla de Tenerife, distinguiéndose, como él, a gran distancia desde el mar.

Las islas de Nueva Zelanda son, como muchísimas de la Oceanía, de formación a la vez volcánica y madreporica. Abundan en lagos y ríos, y



Guerreros de Nueva Zelanda.

presenta uno de los fenómenos naturales más curiosos del mundo.

En la isla del Sur hay también una región sembrada de lagos. Los más importantes de ellos son el Wakatipu y el Te-Anaw.

El suelo de ambas islas está cubierto de espesos bosques formados por árboles frondosos y corpulentos. Son tan gigantescos algunos de ellos, que de sus troncos se han sacado piraguas de guerra de una sola pieza capaces de contener 50 y 70 combatientes. Hay una especie de pino llamado *kauri*, de tronco robustísimo y perfectamente recto, que alcanza a veces hasta 30 metros de altura, y sólo echa ramas en la copa, prestándose admirablemente para mástiles de barcos.

Entre las plantas propias del país hay una que lleva el nombre botánico de *phormium tenax*, de la que se extrae un lino finísimo que propor-

cionaba a los naturales los pocos tejidos groseros, semejantes a esteras, que usaban antes de la llegada de los europeos.

Todas las plantas de Europa se han naturalizado perfectamente en Nueva Zelanda y se cultivan hoy allí lo mismo que en nuestras tierras; pero antes de introducirse en el país nuestras cereales, frutas y legumbres (de lo que apenas hace ochenta años) escaseaban en él extraordinariamente los vegetales alimenticios, pudiéndose apenas contar media docena que mereciesen ese nombre. El principal de ellos era una especie de helecho llamado por los botánicos *pteris esculenta*, cuyas raíces, asadas, constituían la base de la alimentación de los naturales de Nueva Zelanda.

Otro que consideraban los naturales como el más delicado y sabroso de los manjares, y que parece haber sido introducido en el país por algún desconocido visitante europeo en el siglo XVII, o quizá en el XVI, a juzgar por algunas confusas tradiciones recogidas por los navegantes de tiempo más reciente, es una de las variedades del boniato, muy semejante a la batata.

No menos escaseaban en el país los cuadrúpedos, pues sólo eran conocidos el perro, la rata y cierta especie de lagarto muy corpulento, llamado

guana por los indígenas. Los puercos fueron introducidos en las islas de Nueva Zelanda por los navegantes europeos en tiempo muy cercano al nuestro, y que todavía recordaban algunos de los más viejos de sus naturales a fines del siglo XVIII, y se habían multiplicado allí extraordinariamente cuando en los primeros años del siglo XIX comenzaron los europeos a establecer en el país las misiones religiosas, que fueron el primer paso para su colonización.



Arbol gigante en Tonga.

Los europeos se han hecho dueños de Nueva Zelanda por penetración pacífica, habiendo consistido los primeros pasos de la colonización en la conversión de los naturales al Cristianismo, realizada mediante las pre-



dicaciones de los misioneros protestantes que se establecieron entre ellos cuando ya llevaban algún tiempo de recibir las visitas de los navegantes y mercaderes. La población de Nueva Zelanda procede casi toda de colonos ingleses de Australia y se componía en la fecha del último censo de 940.000 habitantes, de los cuales unos 50.000 eran indígenas, a quienes se da el nombre de *maoríes*, y unos 2.500 chinos, dedicados al trabajo de la tierra. Forma Nueva Zelanda un Estado autónomo, como las colonias australianas, gobernándose por medio de dos Cámaras: una llamada Consejo legislativo y la otra Cámara de representantes, las cuales ejercen el



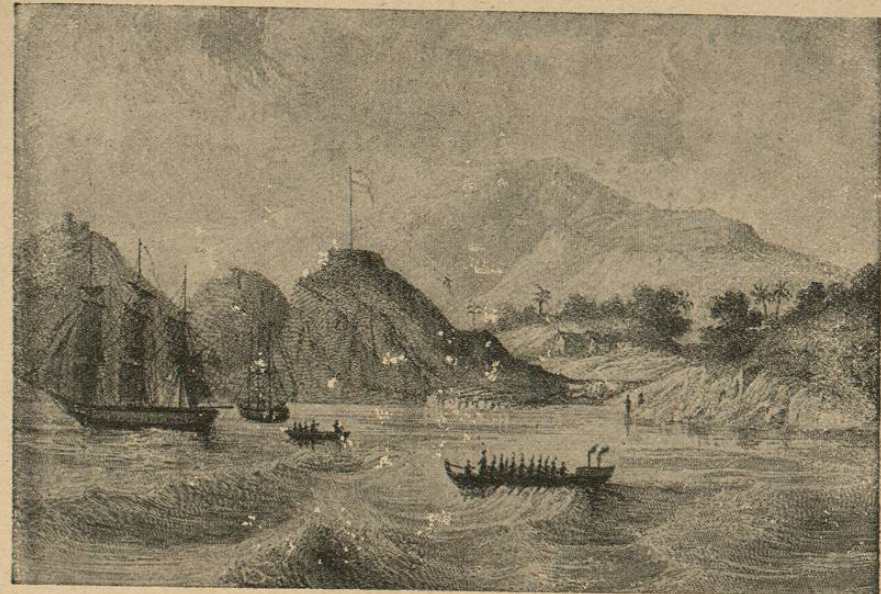
Tipos de Tonga.

poder legislativo, estando el ejecutivo en manos de un gobernador que lo desempeña en nombre del rey de Inglaterra.

El Consejo legislativo se compone de 46 miembros, unos vitalicios y otros nombrados por siete años; la Cámara de representantes consta de 74 miembros, de los cuales cuatro son *maoríes* elegidos por la población indígena. Las mujeres son electoras, lo mismo que los hombres, pero no elegibles.

Hay libertad de cultos, sin religión alguna oficial. Según el último censo, cerca de la mitad de la población (excluyendo a los *maoríes*) pertenece a la iglesia de Inglaterra, la quinta a la secta presbiteriana, la séptima a la católica, y el resto a varias sectas protestantes. Había 1.242 iglesias, de las cuales 139 eran católicas.

Las ciudades más populosas de Nueva Zelanda son: Auckland, con 82.000 habitantes; Wellington, capital del archipiélago, con 63.000; Dunedin, con 58.000, y Christchurch, con 67.000.



Madisonville en 1830 (Nukahiva).

Los archipiélagos de Auckland, de Chathan, de Cook, de Kermadek

y otras muchísimas islas de la Polinesia, de las cuales muchas están desiertas y otras tienen una población insignificante, están agregados políticamente a Nueva Zelanda, a pesar de las inmensas distancias de mar que los separan. La isla mayor de las Auckland tiene 851 kilómetros cuadrados y está desierta, como todas las del grupo. Las que forman el archipiélago de Chathan tienen cerca de 1.000 kilómetros cuadrados de superficie y sólo 200 habitantes, más de la mitad de ellos indígenas. Las islas del archipiélago de Cook y otras que no forman parte de él, pero que le están agregadas y pertenecen también a la Nueva Zelanda, tienen



Jefe de tribu en Nukahiva.

entre todas 33.500 kilómetros cuadrados y unos 13.000 habitantes. El